

MOVIMIENTO FEMINISTA EN EL PERU: BALANCE Y PERSPECTIVAS

Virginia Vargas(*)

Yo escribo para que ustedes sepan, para que comprendan, grito para que me oigan, voy, adelante para mostrarles el camino.

Flora Tristán

Una experiencia que trasluce muchas

No es nada fácil, en verdad, intentar delinear un balance del movimiento feminista en el Perú; tanto más cuando éste es aún incipiente, no ha delineado aún sus propuestas y se siente inseguro frente a la magnitud de tareas que vislumbra en un futuro cercano.

Esta es, por lo mismo, una interpretación personal que, sin embargo, deja traslucir lo que ha sido la evolución de muchas mujeres en una situación similar a la mía, mujeres que hemos crecido junto al movimiento y que hemos contribuido, desde sus inicios, a los esfuerzos por desarrollarlo y consolidarlo. Ciertamente, no pretendo asumir la voz de todas las feministas. La mía expresa el discurso de una militante del movimiento, que ha te-

(*) Investigadora del Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán. La autora agradece la paciencia y ayuda de Vicky Guzmán, quien escuchó y leyó los contenidos del presente artículo.

nido la oportunidad de dedicar gran parte de su vida, en los últimos años, a organizarlo. Hubiese sido interesante confrontar mi percepción con la de otras mujeres. Sin embargo, esta intención es una tarea pendiente para el futuro.

La militancia política partidaria precedió mi militancia feminista. Aquella primera experiencia fue decisiva en mi vida, y preparó las condiciones para mi opción feminista. Militar políticamente en los años 70 significaba recusar el destino de mujer que la sociedad nos había asignado. Sin embargo, la experiencia partidaria nos demostró con el tiempo, no sólo que los partidos reproducían a su interior la división de roles sexuales, sino que también evidenció las limitaciones que la estructura partidaria, tal como se la concebía en ese entonces, tenía para un cambio radical en las formas de vivir. La tendencia permanente a homogenizar opiniones, a desresponsabilizar a los sujetos de sus decisiones vitales, a coactar su libertad y creatividad, la sentíamos demasiado asfixiante.

La búsqueda de alternativas para nuestro género, nos llevó a conformar organizaciones aún no feministas, en esta primera etapa. Sin embargo, pese al cuestionamiento que teníamos frente a nuestra práctica anterior, inicialmente reproducimos muchos de los presupuestos que habían guiado esta práctica. Nos concebíamos como un grupo de personas que poseíamos la verdad y considerábamos que sólo aquellas que enfrentaban la doble explotación: como clase y como género, tenían derecho a reivindicar sus problemas. Para nosotras, miembros de la "pequeña burguesía intelectual", se nos reservaba la misión de transferir ese conocimiento "correcto" a las demás mujeres.

Indudablemente, tal concepción era sólo la "punta del iceberg" del sistema de concepciones que estaban a la base de la práctica política partidaria. Entre ellas, reconocer la existencia de un sólo sujeto revolucionario; de acuerdo a las contradicciones de clases que marcan la sociedad. Por otro lado, y con un mesianismo, machismo y vanguardismo ilimitado, concebir a los sectores populares y, en nuestro caso a las mujeres, como terrenos vírgenes donde depositar nuestras semillas del saber.

Sólo cuando nos atrevimos a pensar en nosotras mismas, cuando enfrentamos nuestras inseguridades y carencias, cuando reconocimos nuestras contradicciones y aspiraciones no resueltas, caímos en la cuenta que estábamos reeditando viejos esquemas con ropaje nuevo. Fue un descubrimiento doloroso. Rechazábamos los esquemas anteriores, pero no sabíamos cómo reemplazarlos. Nos dimos cuenta también que, por el momento, contábamos sólo con nosotras mismas. Iniciamos una mirada introspectiva y levantamos algunos temas, primero, luego angustias, incomodidades. Fue realmente un proceso colectivo, alimentado por las preguntas individuales que comenzaron pronto a ser las mismas para todas.

Sexualidad, control de nuestros cuerpos, violencia, maternidad, trabajo doméstico, fueron los puntos iniciales donde nos descubrimos diferentes al discurso que sobre nosotras habían creado y que nosotras habíamos asumido. Encontrarnos diferentes era también descubrir cómo nuestra especificidad como grupo —dada nuestra condición de género oprimido— había quedado oscurecida, secundarizada, en las especificidades de los otros grupos, o en las generalidades de la lucha social. Fue también el momento de asumir —a partir de este elemento común de opresión, que nos trascendía como grupo y como clase— nuestra propia lucha, comenzar a construir nuestra propia alternativa. La teoría del patriarcado, como sistema específico de dominación de las mujeres, nos permitió ordenar nuestra reflexión y ampliar nuestra perspectiva. A partir de ahí descubrimos no sólo la riqueza y complejidad del mundo privado, de las relaciones personales, sino también las deformaciones del mundo público, de las relaciones e instituciones político-sociales, organizadas sin nosotras. Si con esta mirada introspectiva habíamos comenzado a tomar conciencia de nuestra identidad social, quedarnos en ello significaba no completar el proceso, aceptar nuestra condición de ciudadanas de segunda categoría, aceptar nuestra exclusión del mundo social más amplio. Miramos, entonces, con otros ojos, con una nueva intencionalidad: la relación entre lo público y lo privado, intentábamos desarrollar nuestra propuesta alternativa. Viejos temas tales como poder, democracia, liderazgo, fueron incorporados a nuestro debate, obteniendo nuevas significaciones al considerar el punto de vista de las excluidas que necesitan hacer pública su visión de la historia y de la sociedad.

La alternativa feminista

El movimiento feminista es un movimiento político, con perfiles propios, que no se diluye al interior de otros movimientos. No es simplemente añadir aspectos reivindicativos referidos a las mujeres, a las plataformas y programas de otros movimientos. No es tampoco un conjunto de reivindicaciones aisladas (*). Es la explicitación de una concepción del mundo, de una utopía que sustenta estas reivindicaciones; un mirar la realidad desde la perspectiva de la otra mitad de la humanidad, desde la urgencia de revertir las condiciones que hacen posible su subordinación social. El movimiento feminista reivindica, entonces, el derecho y la legitimidad para crear y proponer una utopía de vida, para pensar en el mundo que queremos, a partir de nuestra experiencia real, efectiva y afectiva en él.

El concebir al feminismo como una concepción del mundo implicó, en un primer momento, reconocer que muchos de los aspectos anteriormente negados por nosotras mismas, cobraban una nueva significación. Así, la sexualidad, la maternidad, la formación de seres humanos integrales se nos revelaron como procesos tan importantes que los cambios económicos y mucho más significativos que el dominio tecnológico de la sociedad. Poco a poco comenzamos a cuestionar la primacía de la óptica masculina en todos los ámbitos de la vida, al mismo tiempo que elaborábamos nuestra perspectiva frente a los mismos o nuevos problemas. Tuvimos necesidad de repensar "toda" la realidad social, ya que las relaciones de género no determinan sólo los intercambios presentes sino que se perpetúan en instituciones, en estructuras que reproducen la relación desigual entre los sexos. El primer cuestionamiento que hicimos se refirió a la separación de la experiencia y el quehacer humano en dos ámbitos aparentemente opuestos y no relacionados: ámbito privado y ámbito público, en los cuales se distribuían los sexos: el femenino a lo privado y el masculino a lo público, lo que además influía en la valoración diferencial atribuida a ambos espacios.

(*) Entendemos que cualquier planteamiento o reivindicación no existe sin referencia a un contexto que, implícita o explícitamente, le da sentido.

En efecto, el espacio de lo privado, que incluye el mundo personal, de los afectos, de las emociones y sentimientos; el mundo interno y doméstico, es el lugar donde se sacraliza y legitima la existencia de géneros sexuales, donde se desvaloriza nuestro papel de reproductora de la fuerza de trabajo, donde se invisibiliza nuestro trabajo doméstico otorgándole carácter de improductivo donde, finalmente, se mantiene y reproduce nuestra dependencia a la jerarquía masculina, al perpetuar estos valores a través de la socialización de la prole. Quehacer cotidiano de absoluta importancia, pero inmediato, opaco, rutinario, aislante, excluyente y desvalorizado hasta por nosotras mismas. El espacio público, del mundo "externo", el de las instituciones, el de las decisiones, el del poder y de lo político; es el lugar donde se legitima y reproduce la jerarquía masculina. Valorizado al máximo por su primacía masculina, es un espacio del que estamos ausentes o al que accedemos eventualmente, nunca en igualdad, siempre como apoyo, sombra, sostén de los otros y a condición de adoptar la óptica del dominante.

Esta constatación nos llevó a preguntarnos por los mecanismos que históricamente habían hecho posible no solamente la existencia de dos áreas de experiencia sino el surgimiento y mantención de la opresión de la mujer. El concepto de patriarcado, nos permitió responder a ello y dar una explicación global a la situación histórica y actual de la mujer. El patriarcado, sistema no sólo ideológico sino sustentado en una base material muy definida, dada por el control que los hombres ejercen sobre dos aspectos fundamentales de la vida de las mujeres: su capacidad sexual y su capacidad de trabajo, nos enfrentó al hecho que, al lado de la contradicción económica, de explotación de clase, subsiste, a lo largo del tiempo otra gran contradicción, la de la opresión sexual. Contradicción que deforma de antemano la relación entre los sexos, iguales en apariencia, pero opresores y oprimidos en la realidad. A la lógica de clase se interpone, sin negarla, otra lógica que da cuenta de y otorga especificidad a la cuestión de la mujer y a sus posibilidades de transformación.

Concepto este que nos sirvió para enriquecer el análisis sobre lo privado y lo público, y dotar de contenido el carácter de lo político para el movimiento.

Con la conceptualización del patriarcado volvimos a repensar las relaciones que se establecen entre lo privado y público, privilegiando el análisis de nuestra situación en el mundo privado, para esclarecer las formas que asume nuestra opresión de género. Si bien los problemas que enfrentamos en nuestro quehacer político se encuentran en todas las esferas sociales donde circulamos en el ámbito privado, doméstico y cotidiano donde la mayoría de las mujeres sufren el dominio masculino. Y es la existencia de esta instancia institucionalizada la que posibilita el control de la sexualidad femenina. Si tomamos distancia de nuestro mundo doméstico, podemos percibir los niveles de opresión que se anidan a su interior. Ayuda a tomar distancia con nuestra realidad doméstica, el desplazar nuestra atención al mundo público, donde podemos percibir no sólo cuán excluidas estamos las mujeres de los beneficios sociales sino también darnos cuenta de la magnitud de las consecuencias que impone sobre nuestras vidas el encierro doméstico.

En lo cotidiano, no sólo se han ido consolidando los lazos de nuestra opresión sino también se han gestado los mecanismos para concitar nuestra complicidad. Nuestra aceptación tácita que el poder real corresponde a los hombres y que debemos conformarnos con las formas ilusas y mezquinas de poder que desarrollan los oprimidos para paliar, sobrellevar, resignarse a su situación. Al sostener las feministas que lo privado es político no sólo nos referimos al hecho que las relaciones en el mundo privado son relaciones de poder en sí mismas sino también que ellas generan una cadena interminable de relaciones de dominio en los otros ámbitos de la sociedad. Igualmente, no nos limitamos a exigir la inclusión de la mujer en lo público, sino también y principalmente rescatar la importancia de las experiencias en el ámbito privado y reconocerlas como parte indispensable y complementaria de lo público. Afirmar que lo personal es político significa rescatar al ámbito privado como un terreno de lucha para el cambio social.

Por otro lado, esclarecer que el objetivo de esta lucha es la democratización de las relaciones personales y que el cambio político es inimaginable sin el cambio personal. En este sentido, aseverar que los cambios no se dan en abstracto sino a partir de nuestra individualidad. Significa finalmente darle su lugar,

en el ámbito político, afectos, emociones, sentimientos. Al politizar de esta forma lo privado estamos dimensionando, ampliando, re-articulando lo político, esclareciendo otras contradicciones que también han movido la historia y que, por olvidarlas, nos restringimos a transitar por callejones sin salida.

Dentro de esta perspectiva, como señala Julieta Kirwood (*), la praxis política de la mujer sería el acto de negación de los mecanismos interpuestos para su liberación y de lo que constituye el origen de su opresión:

- negación de la existencia de dos áreas de experiencia de la actividad humana, excluyentes y separadas, lo público y lo privado.
- negación de la conciencia de improductividad, de no trabajo, atribuida a las mujeres en su rol de reproductoras individuales de la fuerza de trabajo colectiva.
- negación de la situación de dependencia que sufren las mujeres como grupo social en el ámbito cívico, político, sexual y psicológico.
- negación, por lo tanto, de la condición de objeto, de alteridad del género femenino.
- negación de la atemporalidad real atribuida a la reivindicación feminista.
- negación del aislamiento, atomización e "individualización" de los problemas de las mujeres y la consecuente afirmación del "nosotras".

Esta alternativa que hemos esbozado no es, evidentemente, la única propuesta de transformación de la condición de la mujer. Nos encontramos todos los días con otras propuestas, que nosotras consideramos parciales, incompletas o insuficientemente comprendidas de la óptica masculina. Entre ellas, están las que pro-

(*) Feminista chilena, una de las que está aportando con más insistencia y audacia a una teoría feminista latinoamericana.

pugnan un espacio para la mujer dentro de las estructuras existentes, imitándose a demandar su incorporación a los espacios y tiempos masculinos; también nos encontramos con aquellas que consideran que la transformación de nuestra situación llegará junto con la transformación de la sociedad, privilegiando así la contradicción económica productiva, de clase, y negligiendo cualquier otra contradicción, entre ellas la sexual. La opresión femenina es de naturaleza secundaria para esta lógica de pensamiento y, al oscurecer de esta manera su especificidad, se desactivan sus posibilidades de acción en el presente.

No sólo autonomía ideológica, sino también orgánica

Para avanzar en nuestra praxis política, para eludir la influencia permanente de las concepciones que oscurecen nuestra especificidad, las feministas hemos debido luchar por la autonomía de nuestras organizaciones. La necesidad de un movimiento autónomo surge básicamente del reconocimiento, ya señalado, que además de la contradicción de clase propia del capitalismo existe la contradicción entre los sexos, propia del patriarcado, y de la constatación de que esta realidad patriarcal es desconsiderada muchas veces no sólo por las instituciones y grupos sociales que refuerzan el sistema, sino también, desgraciadamente, por aquellas que luchan por su transformación. La autonomía significa afirmar la necesidad de la independencia del movimiento a nivel organizativo y a nivel ideológico. La autonomía del movimiento garantiza que éste no se diluya en las múltiples contradicciones sociales, económicas y políticas de nuestra realidad ni se subordine a los intereses de determinados grupos, clases o instituciones.

Finalmente, rescata la necesidad, sentida por las mujeres, de tener un espacio de confrontación basado en nuestros intereses como género y eliminando las mediaciones que interponen los partidos u otras instituciones.

Algunos supuestos sustentan la autonomía: en primer lugar, la convicción de que la liberación de la mujer es principalmente nuestra; los hombres van a levantar difícilmente nuestras reivindicaciones porque ellas atentan sus privilegios internalizados por siglos en su conciencia.

En segundo lugar, necesitamos de un espacio autónomo para conocernos, identificarnos con las otras a partir de nuestra situación de opresión para desarrollar una nueva conciencia, colectiva, de ser mujeres, en base a la socialización de nuestras experiencias; para conectarnos con el mundo y las instituciones desde nuestra perspectiva y nuestros intereses. La autonomía organizativa, que aleja la influencia de concepciones que alimenten o refuercen nuestra subordinación, nos permite recuperarnos a nosotras mismas, visibilizar el aquí y ahora de nuestra lucha y rescatar nuestra historia pasada. Ello es más necesario no sólo porque también nosotras tenemos internalizada nuestra subordinación, sino además porque históricamente nuestra protesta ha sido silenciada, nuestra presencia oscurecida, nuestra lucha cooptada.

En tercer lugar, si las estructuras de opresión patriarcal están presentes en todas las instituciones, sólo a partir de nuestra autonomía organizativa podemos garantizar que dichas estructuras no nos atrapen y nos hagan perder nuestros objetivos.

En el proceso de nuestra lucha, podemos coincidir con otras organizaciones que buscan el cambio y sus intereses pueden ser también los nuestros a nivel general (lucha por un cambio revolucionario, democratización de la sociedad, independencia nacional, etc.), pero aportamos a ellas como sujetos políticos a partir de nuestros intereses y reivindicaciones específicas. Si nuestra lucha se orienta en contra del patriarcado capitalista, sistemas ambos que se refuerzan mutuamente para "fortalecer la estructura de clase capitalista y la estructura sexual jerarquizada" al luchar contra nuestra opresión estamos luchando en contra del sistema como un todo.

El movimiento real

Un auténtico balance del movimiento feminista exige reconstruir las raíces de este movimiento y la historia de las resistencias —sordas o abiertas— que han opuesto las mujeres al sistema de opresión sexual.

Cuán invisibilizada habrá estado la presencia de nuestro género en la historia que uno de mis grandes descubrimientos, después de muchos años de militancia feminista, fue advertir que la lucha

contra la opresión patriarcal no empezó ni con mi conciencia, ni con la de mis amigas. Al contrario, esta resistencia es tan larga como nuestra historia, incaica, colonial, republicana. No obstante, es a fines del siglo XIX que se retoma con más fuerza continuando con organicidad y perspectiva las primeras décadas hasta comienzos de este siglo. Reconocer qué es lo que tenemos de común con estas mujeres nos permite estar en condiciones de avanzar ahora y esclarecer qué errores de perspectiva seguimos manteniendo. Ambas tareas son parte no sólo del proceso de recuperación de nuestra memoria e identidad como mujeres, sino también, elemento indispensable para entender nuestro presente y pensar la estrategia de nuestra lucha. Tal análisis excede, obviamente, los límites de este artículo. Quiero simplemente explicitar el supuesto que asumo: nada de lo que hemos logrado hasta ahora, ninguna conquista educacional, laboral o política ha sido otorgada graciosamente; ha sido la rebeldía de las nuestras en el pasado lo que las hizo posible. Por lo mismo, todo lo que nos falta conquistar será producto de nuestra lucha.

Después de varias décadas de oscuro silencio —aún por iluminar— hace aparición el variado “feminismo moderno” a partir de los años 70. Varias razones pueden explicar este renacimiento, entre ellas, queremos hipotetizar sobre la incidencia de los cambios económicos, políticos y sociales a partir de la década del 50, en la situación de la mujer. El sentido de los cambios de esa década se tradujo en una modernización y democratización del país, y a la mujer le permitió mayor acceso a la educación, al mundo laboral, y en el caso de mujeres de sectores medios, al control de su natalidad.

Los años 50 también nos enfrentan, por primera vez, al intento de diseñar una política dirigida a la mujer desde el Estado, la que fue impulsada por María Delgado de Odría, esposa del entonces presidente Odría. En las barriadas se organizó una suerte de clientelaje político, que por el lado femenino cobró concreción a partir de los clubes de madres. Política paternalista y caritativa que encontraba, en ese momento, significativo eco en las mujeres migrantes, cuya vida cotidiana transcurría en las barriadas. Desde fines del 50 y a lo largo de los sesenta, se fue desarrollando una enriquecedora experiencia de luchas reivindicativas. Las mujeres participan activa y solidariamente en ellas, acompañando a

sus hermanos, padres o esposos; están en la primera fila en las invasiones campesinas de tierras o en los asentamientos urbanos. Estuvieron ausentes, sin embargo, sus reivindicaciones específicas como género oprimido. Consecuentemente, una vez pasado el momento de lucha, volvieron a su espacio tradicional. Muchas otras mujeres comienzan lentamente a ingresar a los partidos políticos reformistas, primero, y de la llamada nueva izquierda, después. Partidos e instituciones que aceptaron esta incorporación, sin reconocer la opresión específica de género, la que tampoco era reivindicada por ellas.

Hacia fines de la década del 60, la instauración del proceso reformista de Velasco Alvarado (1968), acelera la crisis y ruptura de viejos esquemas. Se va gestando, al mismo tiempo, una profunda crisis social y económica que impulsa a hombres y mujeres a rebelarse contra esta situación. Expresión de ello son los grandes paros nacionales del 77-78, el fortalecimiento y combatividad de gremios obreros y profesionales, el surgimiento de un importante movimiento regional popular. Aunque en este proceso están también ausentes, como en la década anterior, las reivindicaciones específicas de la mujer, se va creando un espacio para el cuestionamiento de la condición femenina.

Durante este período, comienzan a surgir un conjunto de instituciones y grupos interesados en abordar la problemática de la mujer, entre ellas, la Unión Popular de Mujeres del Perú, ligada a la Federación Democrática Internacional de Mujeres (Berlín Oriental), Centro Femenino Popular, Movimiento Promoción de la Mujer, Grupo de Trabajo Flora Tristán (72). Otras dos organizaciones, creadas en décadas anteriores: la Comisión Interamericana de Mujeres (CIM) y el Movimiento Derechos de la Mujer, completaban el conjunto de organizaciones existentes a inicios de la década del 70. La inauguración de la década de la mujer, a nivel internacional, estimuló el surgimiento de nuevas organizaciones ligadas al gobierno o a organismos internacionales. Como era previsible, estas instituciones tuvieron una orientación burocrática, reproduciendo y reforzando, no pocas veces, la ideología tradicional; organizaciones como ACOMUC —conformada por esposas de funcionarios públicos y políticos— o como la Unión Panamericana de Mujeres, orientaron acciones asistencialistas, profundamente desmovilizadoras, de las cuales las más

beneficiadas a nivel de prestigio personal y de manejo de poder fueron sus propias integrantes.

En este período se acentuó, con contenidos diferentes al del período de Odría, una política estatal hacia la mujer. En 1973 el Gobierno crea el Comité Técnico de Revaloración de la Mujer (COTREM) que se convirtió en el primer núcleo estatal de coordinación de los diferentes grupos de mujeres. En 1974, se crea también desde el gobierno, el Consejo Nacional de la Mujer Peruana (CONAMUP), que si bien comparte el carácter "institucionalizado" de las otras organizaciones semiestatales, acoge en su seno a un conjunto de mujeres progresistas y democráticas que se interesan genuinamente por la situación de la mujer. Tanto es así que cuando el gobierno de Morales Bermúdez (1975) —que puso freno a muchas de las reformas del período velasquista— disuelve por decreto a la CONAMUP, algunas de sus integrantes lograron mantenerse organizadas en diferentes instituciones de mujeres, acercándose algunas de ellas a posiciones feministas.

Podemos distinguir, en estas organizaciones, formas diferentes de acercarse a la problemática de la mujer, tendencias que aún están presentes en las organizaciones actuales, y que expresan no sólo la complejidad de la situación de la mujer y la variedad de discursos, incluso contradictorios que tratan de interpretarla, sino también la percepción que sobre la sociedad y el cambio tienen las mujeres.

Una tendencia más institucionalizada y conservadora recurre a la capacitación y asistencia a la mujer, principalmente de sectores populares, buscando dotarla de mayores conocimientos que le permitan desempeñar mejor su rol de esposa-madre, y establecer una relación jerárquica y vertical con las mujeres. Aunque algunas de ellas plantean la necesidad de incrementar la participación femenina, se sustentan en las cualidades morales atribuidas a la misma y en la defensa del orden sexual establecido.

Una segunda tendencia está próxima a los intereses político-partidarios e incentiva la participación de la mujer como un elemento de apoyo en las luchas sociales; aspira dotar a las mujeres de una conciencia política que se limita a defender los pro-

yectos de cambio existentes, cualquiera sea su carácter: reformistas o revolucionarios. Finalmente, les ofrece el partido o el Estado como núcleos de organización.

Ciertamente, aún dentro de estas tendencias, gruesamente delineadas, se encuentran mujeres proclives a procesar un cuestionamiento más profundo de su situación. Una tercera tendencia que paulatinamente ha ido precisando sus límites, es la feminista. En el período señalado, ALIMUPER prefigura su existencia (1973). Sostiene una lucha solitaria durante años por las reivindicaciones femeninas; impulsa las primeras manifestaciones de protesta contra los concursos de belleza y denuncia —por primera vez en el país— la utilización de la mujer por los medios de comunicación; las primeras veces que reivindican para la mujer el derecho de controlar su cuerpo provienen de este audaz movimiento. Como era de esperar, tal osadía fue rápidamente estigmatizada, siendo objeto, este movimiento, de burlas y escarnios tanto de hombres como de mujeres.

Transcurrieron alrededor de cinco años de la experiencia mencionada, nuevos grupos de mujeres se atreven a escapar de las tutelas institucionales —partidos u otros— y afirmar su existencia autónoma. De esta manera, entre 1978-1979 el movimiento Manuela Ramos, Mujeres en Lucha, Frente Socialista de Mujeres y el Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, hacen su aparición en la escena pública. Pese a que la influencia censora de la ideología prevaleciente y especialmente la de izquierda, nos impedía declarararnos feministas, internamente empezábamos a procesar un importante cambio que nos llevaría a transitar por este camino.

Nuestra convicción sobre la necesidad de cambiar la situación social nos llevaba a adherirnos a la izquierda y buscar en la conceptualización marxista la respuesta a los principales problemas que se derivan de nuestra condición; ilusa aspiración en muchos casos, en la medida que, y a pesar de la genialidad de esta doctrina, ella había excluido de sus preocupaciones la necesidad de liberar a las mujeres de su subordinación como género. Simultáneamente, y esta vez ya no más en el plano de las ideas, en nuestra práctica social reproducimos viejos modelos de aproximación a otras mujeres.

Fueron, pues, nuestra cercanía ideológica y emocional, y las huellas aún presentes de nuestra anterior militancia política, que aún nos marcaban intensamente, motivos de no pocos conflictos internos y sustento de nuestra práctica inicial. Atrapadas aún en múltiples contradicciones, difícilmente podíamos esclarecer y asimilar la respuesta de los partidos de izquierda, que en la mayoría de las veces, y en respuesta a los propios temores de sus integrantes y a la lógica de sus estructuras, respondieron con intolerancia a nuestras aún incipientes posiciones feministas.

Por ello, la primera parte de nuestra historia está marcada por los esfuerzos balbuceantes, con idas y retrocesos, de deslindar con las posiciones de izquierda. Nuestra madurez vino —mucho después— cuando dejamos de privilegiar a los partidos y a la izquierda como nuestros interlocutores y fuentes de legitimación de nuestra acción, y pudimos concebir libremente —como mujeres— nuestra relación con la sociedad y con el cambio social.

Durante mucho tiempo nos era difícil entender por qué nos era negado un derecho considerado, en principio, a todo otro sector oprimido, a saber, organizarnos a partir de nuestras propias reivindicaciones. Dicho sea de paso, cuando el movimiento feminista comenzó a plantear con fuerza su especificidad reivindicativa, contribuyó a debilitar una práctica tan unilateral y economicista vigente en los partidos políticos.

Pero en ese momento de nuestro proceso, desarrollábamos aún una conciencia culpable que retardaba una auténtica definición de autonomía, hecho que se hacía evidente en el tipo de reivindicaciones levantadas y en las formas de lucha que asumíamos las pocas veces que levantamos una exigencia propia, diluimos su impacto y cercenamos sus posibilidades de convocatoria por la forma de lucha adoptada. La marcha llamada por ALIMUPER en ocasión al Día Internacional del Aborto, constituyó un buen ejemplo al respecto. Aún demandando el derecho al aborto, dudábamos de la legitimidad de la propuesta temiendo estar respondiendo a una preocupación de pequeño-burguesas y no de sectores populares. ¡Cuán cegadas estábamos! Nuestros temores a aceptarnos como mujeres pertenecientes a un grupo social, nos llevaba a desconocer los mismos problemas nuestros en

otras mujeres, aunque la realidad no mostraba que las mujeres de sectores populares no sólo están más sometidas al peso de una maternidad involuntaria sino que también se someten, con cuantos más riesgos —de salud y de prisión— a prácticas abortivas reñidas con las más mínimas normas de higiene.

Se explica, entonces, que las nuevas organizaciones rehusaran a participar como tales. Lo que sí se logró fue que alrededor de 50 mujeres, individualmente, nos acompañaran en el movimiento. La segunda gran lección la aprendimos en la acción misma: renunciando a nuestra creatividad para pensar nuevas formas de lucha, recurrimos al estilo más tradicional: una marcha por las calles de Lima, portando pancartas alusivas al tema: anticoncepción, aborto, control de nuestros cuerpos. En el transcurso de la movilización, las burlas y las agresiones verbales fueron de tal violencia, que un grupo de manifestantes abandonaron silenciosa y avergonzadamente la marcha. Ahora, tiempo transcurrido e identidad ganada, puedo afirmar que si bien la reivindicación era absolutamente válida, la forma de lucha adoptada evidenciaba hasta qué punto seguíamos pensando en nosotras en términos de vanguardia y no en la necesidad de construir consenso para nuestra alternativa.

Poco tiempo después, los grupos de mujeres se unieron para organizar una movilización de apoyo al Frente Sandinista y de repudio a Somoza. Doscientos cincuenta mujeres nos movilizamos esta vez, manteniendo el entusiasmo y la combatividad pese a la hostilización de la policía. Nos era más fácil mantener en alto nuestra protesta en la medida que recurriamos a una forma y motivo legitimado de lucha. A partir de esta experiencia, significativa por el número de participantes y su carácter político coyuntural y no por su carácter feminista, se conformó el Comité de Coordinación de Organizaciones Femeninas (fines de 1979), con el declarado objetivo de desplegar una acción política que aunara la voluntad de los diferentes grupos de mujeres y su compromiso de cambio con la realidad social. Formaron parte de él las cuatro organizaciones recién surgidas y también ALIMUPER.

Al interior del Comité de Coordinación se reprodujeron las contradicciones que, en diferentes grados habían enfrentado o seguían enfrentando cada uno de los grupos integrantes. El

interés de resguardar al Comité y nuestra inhabilidad para manejar discrepancias nos llevó erróneamente a negligir la importancia de una discusión más profunda sobre nuestras incipientes ideas, entre ellas la especificidad que podría adoptar el feminismo en nuestra realidad. Nos dedicamos, así, a una serie de tareas coyunturales: de apoyo a las luchas del conjunto del movimiento social y ocasionalmente a algunos gremios de mujeres, la mayoría de las veces dentro del más puro estilo tradicional: ayuno solidario con la huelga magisterial, marcha contra la comercialización del Día de la Madre, marcha contra el hambre, etc. La marcha silenciosa, con mujeres enlutadas, en protesta por el asesinato de argentinas montoneras en nuestro país constituyó una rara excepción, pues intentó desarrollar un estilo diferente de protesta. Analizando esta situación, retrospectivamente, no existía en verdad diferencias entre las acciones de lucha emprendidas por el Comité de Coordinación y las que hubiese podido llevar a cabo cualquier gremio, cualquier sindicato o movimiento. Temíamos hablar de la opresión de la mujer, de su derecho al trabajo, de la reivindicación de su sexualidad, de los golpes y maltratos que recibía del marido, creyendo que inicialmente debíamos responder a otras urgencias, básicamente económicas. El afán de no alejarnos de la "lucha de clases" nos impidió, por un buen tiempo, repensar en nuestros términos formas propias y creativas de levantar la especificidad de la cuestión femenina y analizar las modalidades que ésta asume en un país como el nuestro. Aún permanecía oculto, para muchas de nosotras, el carácter político y subversivo del movimiento feminista.

No todo, sin embargo, son limitaciones. Logramos concitar el interés y atención de un conjunto de mujeres que, aunque difusamente, intuían la potencialidad de la organización. Por otro lado, nuestras confrontaciones y discrepancias con los partidos políticos permitió consolidar nuestra convicción de la necesidad de la autonomía para el movimiento, si queríamos evitar ser cooptadas y neutralizadas; logramos también un acercamiento como mujeres a algunas militantes de las comisiones femeninas de los partidos, que a poco andar devinieron a feministas.

Pudimos organizar, aunque con muchas dudas al comienzo, acciones sostenidas y audaces, como la campaña contra el concurso de Miss Universo en el Perú. Superamos también la fácil

trampa de confundir el trabajo y lucha por la liberación de la mujer con el simple trabajo de investigación acerca de las formas que asume su opresión. En este proceso, una a una las organizaciones se proclamaron feministas, cambiándose el nombre de Coordinadora de Organizaciones Femeninas por simplemente Coordinadora Feminista. Con el tiempo, la Coordinadora Feminista desapareció, casi naturalmente, sin grandes luchas, sin grandes discusiones; la marcaba su origen puramente formal. No había sido producto de las acciones de un movimiento pujante sino de las debilidades y balbuceos de un movimiento naciente e inseguro. Cumplió, indudablemente, un papel importante en esta primera etapa; permitió que los grupos feministas confrontaran carencias, se dieran fuerza entre ellos, afloraran algunas posiciones. Lo medular del trabajo y reflexión de los grupos, sin embargo, nunca pasó por ella; las acciones emprendidas a su interior nunca perdieron la característica de obedecer más a urgencias externas planteadas por los partidos políticos, de las organizaciones clasistas, que a las necesidades reales de un movimiento en formación.

En el último período del funcionamiento de la Coordinadora fue acrecentándose una sensación de desgaste e improductividad. La incorporación de nuevos grupos, en vez de alimentarla, la constriñó, pues estaban viviendo en ese momento el mismo proceso que los primeros grupos habíamos ya superado. Eran ritmos, prioridades y percepciones diferentes que en lugar de enriquecernos nos empobrecían. No pretendo dar un juicio de valor en esto; empero, si hubiéramos nacido con bases más sólidas, estas diferencias hubieran enriquecido la discusión y las acciones. Pero no estábamos aún preparadas para ello. Eramos pocas y por ello decidimos jerarquizar dónde depositar nuestros esfuerzos a fin de fortalecernos como grupos y para preparar el II Encuentro Feminista, al que percibíamos como un hito de singular importancia en nuestra corta historia. Las coordinaciones se estrecharon entre los grupos afines y se limitaron, en el caso de los otros grupos, a programar acciones coyunturales en las que, sin embargo, también fue difícil el acuerdo. Dos estilos se iban perfilando: por un lado, uno insistía en la necesidad de incorporar en las acciones de lucha generales a las mujeres de organizaciones populares y de partidos, cuya expresión más clara fue la creación del COMUP (Comisión de la Mujer Peruana). Otro, centraba su esfuerzo en buscar nuevas formas de lucha que correspondieran a

la especificidad de la cuestión femenina y atraer, a partir de ello, al conjunto de mujeres. Acusaciones veladas empezaron a manifestarse sobre el "no feminismo" de unas y el "feminismo burgués" de las otras; críticas acerca del contacto sospechosamente estrecho e indiferenciado con los partidos de las unas y la supuesta desconsideración de los problemas sociales de las otras. El II Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe fue el lugar donde se explicitaron más claramente estas divergencias. Fue, sin embargo, más un estallido emocional que una clara expresión de posturas diferenciadas. Es por ello, posiblemente, que no hubo un rompimiento del movimiento sino más bien la explicitación de una situación que venía arrastrándose desde antes y que nos permitió, luego de encarar las diferencias, buscar los puntos coincidentes que pudieran fortalecer el movimiento.

Base social del feminismo

Generalmente se identifica el movimiento feminista con las organizaciones feministas existentes, las que agrupan principalmente a mujeres procedentes de capas medias urbanas. Y esto no es causal. En efecto, la experiencia nos ha demostrado que la preocupación por la liberación de la opresión de género surge con más fuerza en medios sociales en los cuales las mujeres han logrado romper con algunas de las barreras tradicionales y en los cuales tienen mayor acceso a la educación, al trabajo fuera de la casa, a la salud y, por ende, con todas las limitaciones, logran algún nivel de independencia personal.

Pese a ello, el movimiento feminista o sus integrantes, tienen un interés creciente por articular sus concepciones, sus demandas con las del amplio movimiento de mujeres que viven en otros medios y realidades sociales. Nos interesa que el movimiento trascienda a las capas medias que les dieron origen e incluya a la mayoría de las mujeres que proceden de diferentes medios y realidades. Entendemos, sin embargo, que para ser posible esta aspiración como movimiento debemos pensar profundamente acerca de la influencia de otros determinantes en esta articulación: clase, raza, edad.

Uno de los puntos más controvertidos dentro del movimiento ha sido la relación que establecemos con los sectores populares.

Todos los grupos, en diferentes grados, dedican parte de sus recursos y tiempo a desarrollar proyectos localizados en los barrios urbano-marginales y aspiran ampliar su radio de acción a las zonas rurales. Muchas de nosotras hemos incluso afirmado que lo que diferencia al feminismo latinoamericano del europeo es nuestra particular ligazón con los sectores populares, llegando algunas de nosotras a postular la existencia de un feminismo de base popular.

Sin embargo, el problema es mucho más complejo y trasciende, de lejos, las buenas intenciones que existen detrás de los proyectos dirigidos a sectores populares o la afirmación de nuestra especificidad continental. Aún más, estas aseveraciones nos pueden llevar a enmascarar el problema.

Si partimos subrayando aquello que nos une con el resto de mujeres como género oprimido, deberíamos acentuar este aspecto justamente y dejar de pensar nuestra relación con las mismas como la relación entre mujeres de sectores medios con mujeres de sectores populares; de afirmar nuestra relación en la condición de clase y no en la de género. Pienso que es a partir del reconocimiento de nuestra común opresión que podemos hacer una nueva lectura sobre las diferencias que la lógica de clase introduce, ciertamente, entre nosotras las mujeres. Por otra parte, debemos no sólo dejar de centrarnos en la lógica de clase, sino también introducir la consideración de aspectos tan importantes como el racial, el generacional, los que junto al factor clase son responsables de las diferencias y matices dentro de la unidad de género oprimido.

Pensando así el problema entendemos, entonces, que la especificidad del movimiento feminista latinoamericano no es su unión con los sectores populares en sí misma, sino tratar de develar cómo en las situaciones concretas de vida de nosotras las mujeres se unen a la opresión sexual otro tipo de opresiones, cómo a la lógica patriarcal, por ejemplo, se une la lógica capitalista para transformar a la mujer en la más oprimida: como fuerza de trabajo descalificada y barata, como consumista y como defensora del sistema que la aprisiona.

Así, por ejemplo, nuestro interés y preocupación por acercarnos a las mujeres que proceden de sectores urbano-marginales no es debido a la simple percepción de la injusta marginación económica que sufren. Nuestro acercamiento tiene en cuenta el comportamiento desplegado por ellas, que sientan las bases de una unión futura. En efecto, las mujeres de sectores populares no son sólo las pobres desposeídas; son mucho más que ello, son las personas que pueblan, junto a los jóvenes y niños los barrios populares, son las que a través de sus organizaciones, han contribuido a desarrollar estos espacios urbanos y acceder a los servicios indispensables. Son, pues, mujeres de un gran potencial que pueden poner su fuerza al servicio de una sociedad de relaciones humanas más justas. Y así es, en efecto, en la lucha cotidiana que enfrenta, en la organización que establecen para poner en funcionamiento un comedor popular, para implementar programas de gobierno local como el vaso de leche, no sólo van rompiendo el encierro doméstico, sino que por ello mismo se van enfrentando a las limitaciones de la estructura familiar, a la marginación masculina, y pueden incluir, entonces, las reivindicaciones como género sus luchas más amplias. En este sentido, probablemente el punto de partida de nuestras luchas y la de las mujeres de sectores marginales difiera, pero en el objetivo, implícitos o explícitos de subvertir el orden patriarcal existente, existe una coincidencia básica.

En contacto con la experiencia cotidiana de las mujeres en tanto tales, las feministas hemos ido aprendiendo muchas cosas y entre ellas, que la conciencia feminista puede desarrollarse en situaciones no previstas e impensadas por nosotras. Que allí donde hay mujeres hay gérmenes para luchar contra su opresión.

Es el caso de algunas mujeres de sectores campesinos. En el último período han comenzado a surgir grupos de mujeres campesinas que cuestionan su situación y que no han tenido la mediación clara de los grupos feministas, es verdad que en situaciones peculiares: son mujeres con cierto acceso a la dinámica urbana, y con experiencia en formas de lucha y organización que trascienden sus ámbitos locales. Un ejemplo claro de esto lo encontramos en el último congreso campesino de la Confederación Campesina del Perú. Las mujeres delegadas no sólo lograron incluir cinco representantes en la directiva (sólo les habían

asignado dos), sino también exigieron el espacio necesario para plantear sus demandas: al final de los tres días de Congreso, durante los cuales todos los oradores habían sido hombres, se pretendió dejar la última media hora antes de la elección para que las mujeres hablaran. Y allí se armó un buen lío, ya que las mujeres exigieron hablar el tiempo que ellas consideraban necesario y así lo hicieron; sus intervenciones duraron horas planteando, además de reivindicaciones por tierra y herramientas, sus denuncias en contra de los maridos que se emborrachaban y les pegaban.

La forma de plantearnos nuestra relación con sectores populares ha estado influido por antiguas experiencias y patrones y no ha subrayado nuestro aspecto de unidad como género con el resto de mujeres.

El acercamiento inicial a "otras mujeres" obedecía más a la necesidad, ya mencionada, de justificar nuestra existencia como grupos feministas en una realidad como la peruana. Cuántas veces nos hemos escuchado a nosotras mismas afirmando ante algunos compañeros: somos feministas, pero no pensamos sólo en nosotras; también, como ustedes, estamos comprometidas con nuestra realidad... obviábamos decir —porque aún no lo teníamos claro— que estábamos comprometidas en los términos que de ellos habíamos aprendido, en los moldes que ellos nos habían impuesto, en la lógica que nos ninguneaba y nos invisibilizaba. Aún centrábamos, en otros factores, la definición del movimiento. En buenas cuentas, era no creer en nuestra utopía, era pretender que el carácter subversivo y revolucionario del feminismo venía de fuera, en este caso, de nuestro compromiso con los sectores populares, y no que este carácter estaba dado por el profundo y global cuestionamiento a las formas de opresión patriarcal capitalista.

En este momento, sabemos que al desarrollar un claro polo feminista estamos otorgando una importante base de apoyo para que cualquier mujer o grupos de mujeres que cuestione su situación, sepa y tenga en cuenta que hay otras mujeres en su lucha, y pueda, por ello mismo, potenciar y dar mayor permanencia a su lucha.

Nuevas formas de acercamiento

En la urgencia de no reiterar errores iniciales, ensayamos nuevas formas de acercamiento y organización que partían de nuestras propias experiencias, de la negación de las formas tradicionales (verticales, jerárquicas) que de antemano nos descalificaban y subordinaban. Logramos también levantar temas comunes que nos permitieran encontrarnos como mujeres y aminorar las diferencias entre nosotras. Generalmente, los pequeños grupos no jerárquicos, donde todas nuestras voces puedan ser escuchadas y nuestros ritmos respetados; donde reflexionemos a partir de nuestras propias experiencias o percepciones frente a los problemas que nos plantea la realidad.

No podía ser de otra manera. Arrinconadas en el mundo desvalorizado de lo privado, las mujeres hemos interiorizado esta desvalorización; subordinadas y dependientes de la opinión y decisión masculina, se nos hace difícil andar con nuestros propios pies; expropiada nuestra sexualidad en beneficio de la reproducción y del placer del hombre, hemos visto fragmentada nuestra identidad; marginadas de lo público, ignoradas por la historia, desdeñadas intelectualmente por subjetivas y emocionales, hemos perdido nuestra capacidad de comunicación como iguales, hemos renunciado al uso de la palabra, hemos desconfiado de nuestras posibilidades de producir conocimientos válidos, hemos interiorizado, en fin, concepciones de los otros sobre nosotras. Hemos vivido de lo prestado.

Pero justamente todas estas experiencias de marginación, de carencia, permanente, son formas absolutamente válidas e indispensables de conocimiento sobre lo que queremos cambiar. Y la teoría feminista se construye en base a lo que las mujeres sienten, a cómo perciben su opresión. El primer paso para producir este conocimiento es el acto de recuperar la palabra, socializar nuestras experiencias (y los pequeños grupos constituyen un lugar privilegiado para ello). Socializando experiencias, constatamos que estas carencias y fragmentaciones no son producto individual, de nuestra mala suerte, sino un producto social que afecta al conjunto de mujeres como género, cualquiera sea su clase, edad o raza. A partir de esta constatación, a medida que hemos ido avanzando en acciones y luchas para modificar nuestra si-

tuación, hemos también producido conocimientos sobre las formas e interrelaciones de esta opresión en todos los ámbitos de la sociedad. Nuestro conocimiento ya no es "prestado" ni disgregado. La teoría ha comenzado a surgir de nuestra experiencia personal y nos ha impulsado a reconstruir nuevamente nuestra situación objetiva de vida. Sólo de esta forma hemos logrado comenzar a conocernos a nosotras y a las otras: quiénes somos, cómo hemos llegado a serlo, cómo queremos ser. Empezamos a mirar de otra forma la realidad, a conocerla a partir de nuestro reconocimiento en ella. Reconocimiento, esta vez crítico, porque detectamos sus condicionantes, sus límites y posibilidades que nos impone o nos abre cada una de las instancias de la realidad.

Qué hemos logrado hasta ahora

El movimiento feminista aún se está consolidando, es un movimiento joven, queda mucho por hacer, por descubrir, por afinar. Pero hay logros importantes. A nivel personal, las feministas compartimos una importante vivencia de transformación de nuestras vidas: hemos cambiado la percepción sobre nosotras mismas, nos hemos autoafirmado, hemos descubierto formas nuevas de relacionarnos entre mujeres, con nuestros hijos e hijas, con los hombres en general, con nuestros hombres en particular. Hemos crecido como mujeres junto con el movimiento. Como movimiento, hemos logrado sacar a luz el problema de la opresión de la mujer, lograr que no quede escondido tras explicaciones muy abstractas sino que se revele su especificidad y su existencia al interior de la vida social y política.

A los grupos de hace seis años: Centro Flora Tristán, Movimiento Manuela Ramos, Mujeres en Lucha, Frente Socialista de Mujeres, ALIMUPER (y de los cuales ALIMUPER entró en receso hace dos años y el Frente Socialista de Mujeres cambió su nombre por el de Mujer y Cambio), se han sumado muchos más: Promoción de la Mujer (uno de los más antiguos, pero que sólo en el último período se ha perfilado como grupo feminista), Grupo Autónomo de Mujeres, Colectiva La Otra Cara de La Luna. Algunos grupos han surgido de separaciones de un mismo grupo. La división de Mujeres en Lucha dió origen al Instituto María Jesús Alvarado y una posterior división de éste dió origen al grupo WARMI; otros grupos que surgieron con un

carácter más académico se suman a posiciones feministas, aunque no se definan así como organización. Igualmente, han surgido numerosos grupos en provincias, algunos declaradamente feministas y otros en proceso de serlo (Movimiento Hacia una Nueva Mujer y Asociación Micaela Bastidas, en Trujillo; Frente de Mujeres de Cajamarca; Centro de la Mujer de Arequipa). Por otro lado, son numerosas las instituciones y centros en Lima y en provincias, que hacen trabajo con mujeres desde una perspectiva feminista (Cusco, Huancayo, Piura, Puno, Moquegua). Existe una Librería de la Mujer, un Centro de Documentación de la Mujer, una Cafetería de mujeres, grupos de mujeres de tercera edad, grupos de autoayuda, grupos que están interesadas en crear una Casa para la mujer violada; grupos que ofrecen asesoría legal a mujeres; y dentro de los centros, equipos de asesoría legal a mujeres, salud, de sexualidad, de derechos humanos, de investigación sobre la mujer. Al mismo tiempo, una importante producción cultural alternativa: folletos sobre trabajo, sexualidad, política, leyes; libros sobre metodología, sobre historia de la mujer en el Perú, y una gran cantidad de publicaciones a mimeógrafo sobre diferentes temas; existen dos revistas (Mujer y Sociedad y La Tortuga), boletines, una regular producción de audiovisuales y algunos videos.

Una de las preguntas que surge casi espontáneamente es por qué los grupos feministas no forman un solo grupo, si están luchando por lo mismo. Esto no representa un problema para nosotras, creemos que el movimiento feminista se plasma en una cantidad de pequeños grupos, cada uno de los cuales incide en algunos aspectos de la compleja realidad de la mujer, tratando de superar y plantear alternativas a algunas de sus múltiples carencias. Su característica es ser un movimiento poco estructurado, no jerárquico; pretender ubicarlo a una sola organización es constreñirlo y restarle creatividad. Es indudablemente importante la unidad y coordinación en base a los puntos comunes, que son múltiples, o la centralización para acciones coyunturales o campañas de interés para todas las mujeres, pero es necesario desarrollar también las diferencias, con respeto y solidaridad. Deberíamos incluso impulsar nuevos grupos que complementen las actividades de los grupos actuales; nos falta, por ejemplo, un lugar de atención y refugio para las mujeres golpeadas y violadas; nos faltan más abogadas feministas que consoliden la inci-

piente red legal feminista que se está creando; son aún contadas las médicas feministas; necesitamos más investigadoras feministas; maestras que implementen una educación no sexista; profesoras universitarias que impulsen estudios de la mujer en las universidades; más literatas, más artistas, más pintoras; más trabajadoras obreras, más secretarías, más amas de casa, etc. El aporte de cada una de ellas, al interior de los grupos existentes o a partir de nuevos grupos, es indispensable.

En el último periodo han surgido, por primera vez, también, dos organizaciones de homosexuales: MOLH y ALPHO, y dentro de ellos, mujeres lesbianas que se han comenzado a acercar al movimiento feminista, que se están atreviendo a "...salir del closet...", algo que no había sucedido anteriormente, no sólo por la fuerte represión sexual y conservadurismo autoritario de nuestra sociedad, sino también porque los grupos feministas recién hemos abierto sus espacios para acoger a las lesbianas, ante el temor que nos acusaran de tales, o identificaran al feminismo con el lesbianismo. Ahora es claro para nosotras: si hemos mantenido como principio el derecho a la diferencia, la libertad para decidir sobre nuestros cuerpos, ello no puede ser válido para algunas y no para otras.

Hay otros puntos álgidos en el movimiento, entre ellos, las dificultades que enfrentamos en el intento de construir organizaciones alternativas, concretando en ellas un nuevo tipo de relaciones, no jerarquizadas, no competitivas, en base a la reflexión, al afecto y a la solidaridad. En la primera etapa, idealizamos enormemente las posibilidades de comunicación entre las mujeres, desarrollando una sensibilidad especial para acercarnos entre nosotras, pero desarmándonos y abatiéndonos cuando las relaciones no eran tan fluidas. Estamos aprendiendo ahora a aceptarnos como somos, a aceptar las diferencias como aportes individuales y creativos de todas.

Otro punto importante está en relación con la forma en que se ha desarrollado el movimiento alrededor, fundamentalmente, de grupos feministas que eran a la vez instituciones de trabajo feminista. Ello ha significado, por un lado, un impulso invaluable a la difusión del movimiento, a acciones de lucha, a investigaciones, a trabajos y/o proyectos multclasistas; se han creado impor-

tantes espacios para mujeres; por otro lado, sin embargo, ha significado un riesgo de institucionalización del movimiento, en varios aspectos: al crear lugares con posibilidades de realizar trabajos alternativos para mujeres, con proyectos interesantes; de investigar, de producir materiales, de teorizar; en suma, de trabajar en lo que creemos y en la forma que nos gusta, nos ha llevado por momentos a centrarnos en nuestros trabajos específicos, en nuestra confrontación como mujeres, momento indispensable, pero que a veces nos ha restado audacia y creatividad para expandir los logros hacia el conjunto del movimiento, hacia un número cada vez mayor de mujeres. Por lo mismo, no hemos tenido suficiente capacidad organizativa.

En este momento, nuestra preocupación es hacer más pública nuestra propuesta, desarrollar mayor capacidad política y definir una estrategia más clara para construir un consenso más amplio y conquistar logros materiales para nuestra liberación.